

CLAUDE SIMON
In memoriam

Antonio BUENO GARCÍA
Universidad de Valladolid

En verano conocíamos la triste noticia del fallecimiento¹ del premio Nobel francés de Literatura Claude Simon. Para el equipo docente y científico de la Facultad de Traducción e Interpretación de Soria de la Universidad de Valladolid, la noticia va más allá del simple dolor por la pérdida irreparable de un intelectual de prestigio universal. Con él se nos fue un maestro, el primero de nuestra andadura científica; quien dio la primera lección en esta fría y recoleta ciudad castellana.

Fue en diciembre de 1993, cuando con ocasión del Primer Congreso Internacional de Traducción e Interpretación de Soria (CITIS), dedicado al tema de *la traducción de lo inefable*, pusimos como paradigmas a un poeta de la emoción ontológica, Jorge Guillén y a un novelista de la voz interior, Claude Simon. A él llegamos por mediación del profesor Francisco Hernández, que mantenía una cordial amistad con el autor y quien amablemente nos facilitó el contacto.

Retirado como estaba ya, desde hacía muchos años, del “ruido” social, y recién venido de un viaje a Nueva York, se mostró muy agradecido con la invitación y respondió con una escueta pero amable carta en la que lamentaba no poder estar presente, aunque no quería perder la ocasión de enviar unas palabras a los participantes, entre los que se encontraban dos de los traductores más importantes de su obra, el sueco Carl Bjurström y el inglés John Fletcher.

El bello texto que envió, redactado en su fiel máquina de escribir y en el que se llegaba a notar hasta su pulso, no estaba compuesto en modo alguno con palabras huecas y lisonjeras de compromiso fácil; comprendimos enseguida que estábamos ante una gran reflexión intelectual que hoy podría además constituir su testamento literario-traductológico.

Las palabras *reconnaissance* (reconocimiento) y *gratitude* (gratitud) con las que comenzaba su mensaje, y que iban dirigidas a sus traductores, eran realmente sinceras. Estaba convencido de que solo ellos habían hecho posible el milagro de dar a conocer su obra por todo el mundo y, mucho más, de hacerla comprender. Porque el papel del traductor debía ser sobre todo ese. Luchaba así contra la opinión generalizada de que traducir la literatura era solo reemplazar unas tras otras las



¹ El escritor falleció el 6 de julio de 2005 a la edad de 91 años en su domicilio de París.

palabras por sus equivalentes en otras lenguas. No, el traductor no era uno de esos intérpretes - ¡cómo no lo habíamos entendido desde Cicerón!- que en las reuniones oficiales transponían mal que bien las palabras (o los convencionalismos) de los interlocutores. ¿Por qué nos empeñábamos en ignorar que en el mundo del arte, como en el de la literatura, forma y fondo no eran más que uno? Él sí parecía haber entendido a Novalis y a Flaubert, cuando al escribir buscó un tono, una armonía, una música que imprimían al texto el definitivo sello literario; y se lo reclamaba a su vez a los traductores, para que no traicionaran el espíritu con el que el autor lo había compuesto. No deseaba pues ver en la traducción el reflejo solo de palabras, quería escuchar la sinfonía en la que el traductor fuera el director de orquesta, como lo fue originariamente el autor. Pensaba en el traductor como alma gemela, capaz de entender el arte y de llegar a compartir sus secretos.

Claude Simon puso sin duda el listón muy alto a los traductores: la empresa era difícil y jugaba con ventaja, porque solo él, su primer explorador, podía conocer a conciencia los secretos de su inspiración; aunque no le importaba, estaba convencido del valor profundo de la traducción.

El nombre del traductor no habría de desmerecer en su opinión al del autor, pues ambos estaban llamados a una sublime misión: la creación de la obra. El traductor digno de ese nombre era... coautor. ¡Coautor!, ¡qué responsabilidad más grande nos diste! ¿Cómo podríamos atrevernos así a entrar en tu mundo sin sentir pudor?, ¿cómo trasponer tu voz y tus palabras sin experimentar la más mínima duda, el mínimo temor?

La obra de Claude Simon se alimenta constantemente de su experiencia y constituye sin duda el itinerario de su memoria. Desde *Le Tricheur* (1941), *La Corde raide* o su legendaria trilogía española, *La Route de Flandres* (1960), *Le Palace* (1962), *Histoire* (1967) hasta *La Bataille de Pharsale* (1969), *Les Corps conducteurs*, (1971) *Les Géorgiques* (1981) o *Le Tramway* (2001), su última obra, sus escritos constituyen un diálogo constante de la voz interior que, aunque construida en el pasado, recobra vida en el presente. A través de su obra se va perfilando el hombre, curtido en mil batallas –como las de la Guerra Civil española en la que participó en el lado republicano- y derrotado en casi todas ellas, cuyas heridas restaña por medio de la escritura. Su empeño incansable en la búsqueda literaria a través de la memoria y su esfuerzo por lograr a través de ellas la dignidad de ser humano fueron sin duda lo que le hizo merecedor del Premio Nobel (1985).

Si Claude Simon, escritor, entendió a los traductores fue ante todo por esa honradez intelectual y esa generosidad que le caracterizaban y que le llevaban a reconocer el esfuerzo indagador en la obra artística, o también, como apuntará el profesor Francisco Hernández,² porque en cierta manera se sentía él traductor, “traductor de su propio mundo”.

Sobre el valor de la inefabilidad se explayaron gustosamente sus traductores. Carl Bjurström³ nos recordó cuán contrariado se mostró el autor cuando en una reunión fue requerido a expresar “con otras palabras” lo que había escrito. ¡Aquello era hacerle renegar de su condición de escritor!, que era precisamente lo *inefable* y ¡eso no se le podía pedir a un escritor!, pero sí a un traductor, que tiene como misión lidiar con otra lengua. A John Fletcher nunca se le pasó por la mente la absurda pretensión de hacer con su obra, *Les Géorgiques*, una traducción impecable,

2 Francisco Hernández Rodríguez, 1994: “Claude Simon: Historia, memoria, autobiografía”, en *Actas del Ier Congreso Internacional de Traducción e Interpretación, La traducción de lo inefable*, A Bueno, M. Ramiro y J.M. Zarandona (coords.), Soria, Dpto. de Publicaciones del Colegio Universitario de Soria, pp. 235-247.

3 Carl Bjurström, 1994: “Claude Simon por... Carl Bjurström”, en *Actas del Ier Congreso Internacional...*, pp. 273-279.

nous avons bien conscience que ce serait pure folie de s'imaginer que notre traduction vaut autrement que pour l'époque où elle a été faite".⁴

La expresión de lo inefable adquiere todo su sentido en la obra de Claude Simon y contagia sin duda a su traducción, aunque la inefabilidad traductora puede ser sólo efímera, frente a la del original, que es duradera.

La generosidad del autor la vimos reflejada en su última palabra, que no podía ser otra, viniendo de él, que un humilde y prolongado *merci!*

Je voudrais que tous ceux qui sont réunis ici sachent à quel point je regrette de ne pouvoir me trouver aujourd'hui parmi eux, dire aussi ma reconnaissance et ma gratitude à ces traducteurs grâce auxquels mes livres ont pu être lus un peu partout dans le monde et, à ce sujet, il est, je crois, important d'attirer l'attention sur leur rôle exact car, contrairement à ce que l'on croit généralement, traduire un texte littéraire ne consiste pas à remplacer l'un après l'autre chaque mot par son équivalent dans une autre langue. Le traducteur n'est pas un de ces interprètes qui, dans les réunions ou les organismes internationaux transpose au fur et à mesure et tant bien que mal dans divers idiômes les paroles (le plus souvent de convention, à vrai dire) des divers interlocuteurs. On ne rappellera jamais assez qu'en art le fond et la forme ne font qu'un. Ce que cherche l'écrivain c'est, avant tout, comme l'on dit Novalis et après lui Flaubert, un certain ton, une certaine harmonie, une certaine musique de la langue sans quoi il n'y a pas de "fait littéraire", et la tâche difficile du traducteur c'est donc, une fois surmontées les particularités syntaxiques propres aux diverses langues, de retrouver ou plutôt de trouver à son tour, à l'aide d'autres mots aux sons et aux résonances différentes, ces rythmes et cette musique premiers. Il faut le dire bien haut : le traducteur digne de ce nom, comme ceux que j'ai eu la chance d'avoir et qui se trouvent ici, est un véritable co-auteur qui, obligé de surmonter mille contraintes, reécrit l'ouvrage qui fait l'objet de son travail, et son nom doit être associé de la façon la plus étroite à celui de l'auteur.

A ce titre, et à tous ceux qui ont ainsi collaboré avec moi, un très grand merci !

(Mensaje original enviado por Claude Simon con ocasión del Congreso)

4 John Fletcher, 1994, "Claude Simon por... John Fletcher", en *Actas del Ier Congreso Internacional...*, pp. 281-285.

Durante aquellas jornadas en las que rendimos tributo al autor, recibimos también la noticia de la implantación en Soria de los estudios de Traducción e Interpretación. Con la ayuda de Claude Simon habíamos empezado a tener más claras una de las cuestiones más arduas de la traductología, la definición de lo que era o debía ser la traducción y el traductor. El símbolo, inspirado en la palmera de san Baudelio,⁵ que adornó aquel congreso ha permanecido hasta ahora con nosotros como *logo*, en la convicción de que representa bien la traducción: muchas ramas –lenguas- que convergen en un tronco común, el entendimiento universal; puede que Simon también viera en él otro símbolo: la escritura de muchas “batallas” confluyendo en una memoria, pero en el fondo es la misma idea.

Nunca le agradeceremos bastante a Claude Simon el habernos mostrado con tanta generosidad y clarividencia la misión para la que habríamos de prepararnos, y el haberse encargado de la tarea más complicada, dar la primera lección. Nuestro reconocimiento más sincero. Su nombre y su obra permanecerán siempre en nuestra memoria.

5 Columna central que se encuentra en la ermita mozárabe de San Baudelio de Berlanga, s. XI, situada en el término Casillas de Berlanga de la provincia de Soria (España).

CLAUDE SIMON
In memoriam

We at the Department of Translation and Interpreting of the University of Valladolid, Soria Campus, were saddened to learn of the death of the French Nobel Laureate of Literature Claude Simon, who died in Paris on 6 July 2005.

We invited him to attend the First International Conference on Translation and Interpreting of Soria in 1993, focused on the “translation of the ineffable.” Although he was not able to attend, he did respond with a letter expressing recognition and gratitude to his translators. He was convinced that they alone had achieved the miracle of disseminating his work throughout the world and, more importantly, of making it understood. He fought against the general opinion that the translation of literature was merely the process of replacing word after word with their equivalents in other languages. When he wrote, Simon searched for tone and harmony, music that left a definitive literary imprint on the text. He demanded the same from translators so that they would not betray the spirit of the author’s text. He did not view translation as a mere reflection of words but rather as a symphony in which the translator functioned as the director, as did the original author. For Simon, the translator was a kindred spirit capable of understanding art and sharing its secrets.

Simon felt that the translator was not subordinate to the author, since both were on a sublime mission: the creation of a work. The worthy translator was a co-author. He entrusted us with a grave responsibility.

The work of Claude Simon is based on his experience, from *Le Tricheur* (1941) or his legendary Spanish trilogy, *La Route de Flandres* (1960), *Le Palace* (1962) and *Histoire* (1967), through *Le Tramway* (2001), his last work, his writing constitutes a constant dialogue of the interior voice that, although constructed in the past, lives in the present. His literature reflects a man of experience, defeated in many battles, whose injuries are healed through writing. His unflagging literary quest by means of the memory and his effort to attain human dignity through literature was, without doubt, the prime reason he was awarded the Nobel Prize in 1985.

Simon’s Swedish translator, Carl Bjurström, and his English translator, John Fletcher, did attend the conference and they spoke at length about the translation of the ineffable in relation to the work of Simon.

During the conference in Soria we were notified that a Translation and Interpreting Studies program was to be established in Soria, and with the aid of Claude Simon, we had begun to have a more precise idea of one of the more difficult questions of traductology – the definition of what was, or should be, translation and the translator.

We can never sufficiently thank Claude Simon for having shown us, with such generosity and discernment, the mission for which we would have to prepare ourselves and for having taken charge of the most difficult task – giving us our first lesson. Our sincerest thanks. His name and his work will remain with us forever.

Antonio Bueno García*

* He is a professor of the Department of Translation and Interpreting of Soria and Director of the International Conference of Translation and Interpreting of Soria

(Translated by Larry Belcher)